

## La clase obrera y la consolidación del proletariado fabril

Combinado con la crisis de las economías rurales del interior del país y la merma de las tasas de inmigración europea, el proceso de sustitución de importaciones generó la emergencia de un nuevo proletariado industrial nativo, concentrado en nuevas y más amplias unidades de trabajo y producción.

Promediando la década del 30, el desarrollo de la industria fabril disimulará en cierto modo la agudización de la crisis de la agricultura. Esta se veía agravada desde la brusca caída de los precios a partir de la crisis de 1929 y no cesó de desarrollarse, empujando cada vez más a la inmigración interna desde el campo a las ciudades. No podía ser de otro modo por cuanto las perspectivas de ascenso social de los campesinos y trabajadores rurales se veían dolorosamente frustradas. Era muy difícil que los arrendatarios llegaran a ser propietarios y para los peones era imposible convertirse en arrendatarios, hasta los pequeños propietarios perdían sus tierras. En 1914 el 63 % de los productores rurales eran propietarios de su parcela; en 1937 solo el 37 %. De este modo, la crisis agraria fue otro motor que colaboró con el engrosamiento del proletariado industrial de las ciudades, nutriéndolo de trabajadores rurales y campesinos del interior<sup>1</sup>.

Como señalábamos, con el estallido de la crisis económica mundial la inmigración europea se vio bruscamente aplacada<sup>2</sup>, y con el crecimiento de las migraciones internas se generaron importantes cambios en la composición social y la localización geográfica de la clase obrera argentina. La mano de obra que provenía del interior del país dio una fisonomía distinta a la clase obrera de la Ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, y hacia mediados de la década del 30, había una mayor composición relativa de obreros nativos.

El Censo Nacional Industrial de 1935 revela las claves de la localización industrial en la Argentina de este tiempo. La concentración persistía en la dominada zona litoral que iba desde la Ciudad de Buenos Aires a las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. Según el censo en cuestión, esta región nucleaba más del 76 % del total de las fábricas, destacándose la Ciudad de Buenos Aires y su periferia, que siguió siendo la zona más industrial del país, concentrando alrededor de un tercio de los establecimientos existentes y casi la mitad de los obreros. Esta tendencia se mantuvo toda la década, e incluso en la siguiente<sup>3</sup>.

Al mismo tiempo, tuvo lugar un amplio crecimiento de las zonas suburbanas de la Ciudad de Buenos Aires, que irán creando un verdadero cordón obrero industrial: el conurbano bonaerense, que tendrá una importancia decisiva para la historia y la vida política del país.

En el desarrollo de este proletariado influyeron también otros factores. La incorporación a las nuevas industrias nacientes (o a la ampliación de las existentes) de obreros urbanos que habían estado desocupados a partir de la crisis económica, de los

---

<sup>1</sup> Peña, Milcíades. *Industria, burguesía nacional y liberación nacional*, (Buenos Aires: Ediciones fichas: 1974).

<sup>2</sup> "La inmigración neta era de 90.000 personas en 1929 y de 3.000 en 1932, el punto más bajo. Más adelante, a lo largo de la década, se produjo una recuperación leve, que de todas maneras dejó las cifras muy lejos del período previo, hasta que un nuevo y breve repunte, algo más importante, se produjo luego de la Segunda Guerra Mundial". Cataruzza, Alejandro. *Historia de la Argentina 1916-1955*, (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009), p. 158.

<sup>3</sup> Entre 1935 y 1947 la Capital Federal atrajo 1.100.000 migrantes, de los cuales cerca de dos tercios provenían de los campos y los pueblos de la región pampeana, lo que le permitió pegar un salto de 3.400.000 habitantes en 1934 a 4.700.000 millones en 1947. Hora, Roy. *La burguesía terrateniente. Argentina 1810-1945*, (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2005), p. 84.

propios hijos de obreros urbanos del período anterior y el ingreso creciente de mujeres al mercado de trabajo. De este modo, en las filas de la clase obrera se combinaban tanto “nuevos” como “viejos” trabajadores. Los “viejos” eran aquellos que ya estaban ocupados en las industrias y servicios que existían antes de desarrollarse el proceso de sustitución de importaciones. Así como se vieron diferenciados también se influyeron mutuamente, en sus experiencias y condiciones de vida, y de conjunto constituyeron una masa obrera homogeneizada por su sometimiento a la despiadada explotación capitalista de aquellos años.

A mediados de la década existían 472.152 obreros industriales ocupados en algo más 40.000 establecimientos: la rama textil ocupaba unos 50.000 obreros, las alimenticias alrededor de 34.000, y en 1935 la rama de la construcción contaba por lo menos con 16.000 obreros (en el año 1942 llegarán a ser 29.000), de los cuales el 70 % se hallaba concentrado en 10 grandes empresas constructoras<sup>4</sup>.

Este crecimiento objetivo de la clase obrera fue acompañado de una intensa explotación laboral. Las jornadas extenuantes de trabajo y las condiciones brutales de explotación eran moneda corriente entre los trabajadores en la industria y también en el interior del país.

	Presupuesto familia tipo	Salario medio
1933	\$130,15	\$119,89
1937	\$164,19	\$127,26
1943	\$176,75	\$157,85

Datos: Departamento Nacional del Trabajo, en Del Campo, Sindicalismo y peronismo...

Según la *Revista de Economía Argentina*, en 1940 el 50% de los trabajadores ganaba menos de \$100 y el 80 %, menos de \$ 150, con una canasta que superaba los \$ 170<sup>5</sup>. Si bien la jornada de trabajo fue reduciéndose a lo largo de la década de un promedio de 48 horas semanales a 44, gracias en buena medida a la paulatina imposición del “sábado inglés” en 1935, la mitad de los trabajadores aún no gozaba de las 44 horas y eran muy pocos los gremios que tenían vacaciones pagas. Los convenios colectivos de trabajo comenzaban a extenderse, pero en forma lenta y limitada, y existieran o no, las patronales solían establecer las condiciones de trabajo en forma arbitraria. La falta de seguridad y de protección en el trabajo seguía siendo un problema muy grave; el derecho a indemnización por despido y a licencia por enfermedad existían en pocos gremios; lo mismo ocurría con las jubilaciones y pensiones, y las indemnizaciones por accidentes de trabajo eran insuficientes y de difícil cobro.

Tanto el aumento general del número de trabajadores de las industrias como el crecimiento de los establecimientos fabriles de gran tamaño, en los que tenían importancia numérica los obreros no calificados o semicalificados, profundizaron el declive, iniciado mucho tiempo antes, de un tipo de sindicato propio de etapas previas, los sindicatos por oficio que habían sido impulsados fundamentalmente por los anarquistas, que reclutaban entre sus filas a artesanos y trabajadores altamente especializados.

<sup>4</sup> Golbert, Laura y Hugo Rapoport. “El movimiento obrero argentino en la década infame”. Historia del Movimiento Obrero, 49 (1973).

<sup>5</sup> Hugo del Campo. Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable, (Buenos Aires.: Siglo XXI, 2005).

Aunque este proceso se reflejó en el crecimiento absoluto de los niveles de sindicalización con respecto al período anterior, algunos indicadores muestran que las tasas fueron, sin embargo, bastante bajas. Un censo llevado a cabo por el Departamento Nacional del Trabajo en 1941 arrojó como resultado que alrededor de 440.000 trabajadores estaban sindicalizados, cifra que representaba solo un 12 % del total de los trabajadores urbanos del país.

### **Las mujeres trabajadoras**

La introducción de nuevas fábricas y maquinarias amplió el mundo del trabajo femenino como nunca antes, abarcando una extensa variedad de actividades productivas y de servicios.

En el Censo Nacional Industrial de 1935 ya se advertían algunas de estas transformaciones: “En 1914 las mujeres dominaban en la rama textil, en 1935, en cambio, el porcentaje de participación femenina en textiles y confección fue del orden del 57,8 % de los trabajadores ocupados, destacándose su integración en la producción química (31,0 %) y en el caucho y las manufacturas (35,5 %)” (Mirta Lobato, *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, p. 46).

El desarrollo de la industria textil, una de las que más crecieron en el período de la Primera Guerra Mundial, se aceleró en la Argentina con el estallido de la crisis económica de 1929 y la sustitución de importaciones. La rama contaba con un importante porcentaje de mujeres entre su personal, similar a la concentración que tuvo en otros rubros como el vestido o tocador. Como apunta Lobato, en la rama de la confección había una clara división sexual del trabajo: “En 1935 las trabajadoras superaban el 90 % del personal ocupado en corseterías, fábricas y talleres de sombreros para mujer (98 %), en las casas de modas (92 %) y llegaron al 87 % en bordados y zurcidos. Un esquema similar se repite en las estadísticas de 1941 y 1946”. En cuanto al sector alimentación, su heterogeneidad escondía para las estadísticas que las mujeres eran, por ejemplo, el 52,8 % y el 56,4 % del personal en las fábricas de chocolates y caramelos en los años 1941 y 1946, respectivamente, en tanto en los mismos años representaban el 51 % y 52,1 % en las fábricas de bizcochos y galletitas, y el 70,2 % y 69,2 % en la producción de tabaco y cigarrillos. Por su parte, en la industria del cuero y sus manufacturas, la participación femenina pasó del 13 % en 1935 al 23 % en 1946.

A su vez, el crecimiento económico tuvo como resultado no solo la expansión de la producción de bienes y manufacturas, sino también la consolidación de un amplio mercado interno y con este una multiplicidad de negocios. El comercio fue entonces otro rubro que concentró en gran medida a la población laboral femenina, constituyendo un verdadero ejército de cajeras, vendedoras, ayudantas, etc. A esto puede agregarse también el rubro telefónico: cuando finalizaban los años 30 trabajaban en la Unión Telefónica alrededor de 3.000 mujeres en todo el país.

En cuanto a la organización gremial, durante el período de entreguerras las organizaciones sindicales cumplieron un rol difundiendo los derechos de la nueva legislación laboral y reclamando su cumplimiento. Pero, sobre todo, los gremios con alto componente femenino fueron los que estuvieron a la vanguardia de esta pelea. En las distintas prensas sindicales se reflejan las demandas y peticiones que se venían ya realizando desde fines del siglo XIX, como la jornada laboral limitada, la prohibición del trabajo femenino en tareas insalubres, el reclamo de igual salario por igual trabajo, a lo que ahora se sumaba el cumplimiento de la legislación laboral.

\*\*\*

Desde el punto de vista de la lucha de clases y de la organización obrera podemos establecer una diferenciación al interior de esta etapa. Un primer momento corresponde a los primeros años de la década que se desarrollaron en el contexto del impacto de la crisis económica, y aunque los trabajadores comenzaron a dar las primeras respuestas, todavía eran aisladas. A partir de la oleada de huelgas de mediados de la década, las transformaciones que se dieron en el conjunto de las relaciones laborales y una nueva ubicación del movimiento obrero permiten identificar un segundo momento. Desarrollamos en el capítulo anterior la ubicación de las corrientes del movimiento obrero frente al golpe del 30. Hagamos aquí un breve recorrido por la situación de estas direcciones en los primeros años de la década.